

LAS ÚLTIMAS VOLUNTADES

JUANJO MONRABAL

LAS ÚLTIMAS VOLUNTADES



1ª edición, 2017

Diseño de la cubierta: Francisco M. Mesa García

Ilustración basada en *The swimming hole*, óleo de Thomas Eakins

Editorial DALYA

Jilguero 14

11100 San Fernando

www.edalya.com

© del texto, Juanjo Monrabal

© Desarrollo de Ámbitos de Lectura y Aprendizaje S.L.

Reservados todos los derechos sobre este libro. No está permitida la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, multimedia o digital, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

ISBN: 978-84-946227-6-2

DL CA 516-2016

Impreso y encuadernado por CIMAPRESS

Printed in Spain / Impreso en España

A mis padres

No es la carne y la sangre, sino el corazón, lo que nos hace padres e hijos.

Friedrich Schiller

I

“¿Y si todo es un error?”, pensé. El viaje, mi regreso, las sensaciones contradictorias. No, no quería volver. No después de tantos años.

La estación de Chamartín parecía despertar al paso lento de un hermoso Talgo rojo y plata. En mi cabeza aún resonaba la voz de Guadalupe, la mujer de Padre: «El entierro será el sábado, Vicente. Él habría querido que estuvieras aquí».

El tren aceleró su ritmo al abandonar la estación, removiéndome mi asiento. Podía sentir el calor de las primeras luces del día, resbalando sobre las ventanas, las copas de los árboles, las azoteas de los edificios anaranjados de Madrid, inclinados a nuestro paso. “Padre ha muerto”, pensé, invadido por una mezcla insoportable de miedo, de odio, de vergüenza. “Y yo no he estado con él”. No tenía tiempo para las conversaciones cruzadas del resto de los pasajeros que se diluían a lo lejos. No quería escucharlas.

Intenté distraerme contando las tiras de las bolsas que colgaban sobre las cabezas, en el maletero del vagón, sin orden, abandonadas. Sabía que era inútil. La conversación con Guadalupe seguía presente. Dura, severa. Nuestra relación no fue siempre así. Le bastaron cuatro minutos para relatarme la muerte de Padre, el lugar y hora del entierro, su deseo de resolver todo cuanto antes. Sólo pude agradecerle que fuera sincera. Su frialdad sin embargo, era algo que ya me esperaba. Tampoco tenía motivos para comportarse de otra manera conmigo. Guardé silencio y me despedí. Si tenía algo que decirle, no me pareció la ocasión más adecuada. El mismo silencio que había mantenido

los últimos trece años, alejado de Colimba. Sólo me separaban cinco horas de una parte de mi vida de la que huí, apresuradamente, con dieciocho años, y que después olvidé.

—Qué frío que hace aquí dentro —me dijo una chica de tez morena sentada a mi lado, junto al pasillo.

Asentí, girando después mi cabeza hacia la ventana. No tenía ganas de hablar con nadie. Pareció entender mi gesto y no insistió. Abrió el libro grueso que llevaba sobre sus rodillas y empezó a leer. Yo encendí mis auriculares e intenté marcharme lejos de ella, de las tiras que colgaban del maletero del vagón, del tren. Lejos del dolor que parecía esperar agazapado dentro y que antes o después querría salir, coger aire, crecer en la superficie. Lo haría unos días más tarde, cuando en contra de mis deseos iniciales, me vi envuelto en una búsqueda desesperada para reconciliarme con Padre, con los amigos que un día tuve y que abandoné, con mi pasado.

Cerré los ojos e intenté dormir. La noche anterior apenas había descansado unas pocas horas. Antes llamé a mi jefe. Le conté la muerte de Padre, sin entrar en detalles. Conocía casi tan poco como él. Le dije que estaría fuera unos pocos días, dos, quizá tres. Lo justo para asistir al entierro y arreglar los papeles (así lo definí). Me dio el pésame y se ofreció para cualquier cosa que pudiera necesitar, gesto que le agradecí. Después preparé la bolsa, de manera mecánica, como si no hubiera diferencia entre marcharme de viaje por trabajo, de vacaciones o asistir a un entierro. Apagué la luz y me tumbé en la cama. Recordé las noches en las que Madre me leía sus poemas favoritos, antes de dormir. Pero yo ya no tenía dónde ni con quién escapar, ni siquiera a mis sueños.

El tren aminoró su velocidad al adentrarnos entre las montañas de Castilla y el paisaje se tiñó de tonos amarillos y verdes. A la altura de Medina del Campo apagué los auriculares, me

levanté, estiré los brazos con disimulo y me encaminé hacia el vagón cafetería para tomar algo. No había comido nada tras conocer la noticia y pensé que un café me sentaría bien aunque siguiera sin tener hambre. Además necesitaba moverme, hacer algo, pasear. Lo que fuera para empezar a afrontar todo lo que se había liberado: el miedo a mi regreso, mi infancia, el odio hacia Padre, nuestra relación rota, su ausencia en los últimos años. La vergüenza por no haber estado a su lado, ni al de mis amigos.

El camarero me sirvió un café oscuro en un vaso de plástico. Apoyé un codo sobre la barra y bebí un par de sorbos. El sabor era tan horrible como su apariencia. Así había sido una parte importante de mi vida: amarga, decepcionante, por debajo de las metas y objetivos que Padre me había marcado sin decírmelos. Silencios y gestos que yo interpreté así, sin que nunca conociera sus verdaderas intenciones.

Terminé el café, pagué al camarero y decidí volver a mi asiento. Después de treinta minutos allí de pie, me dolía la cabeza, algo habitual desde el accidente, solo que en los últimos seis meses, había ido a más. Justo desde que decidí dejar una medicación que no me permitía pensar con claridad y que afectaba a mis sentidos. Al principio lo hice poco a poco: primero, la pastilla del desayuno. Después, la de la hora de comer, para tener la mente despejada por las tardes y estudiar mejor la oposición. La de la noche me costó más. En realidad, era la única que me hacía verdadera falta, al dejarme descansar y controlar los dolores de cabeza. Conocía los riesgos y aun así, seguí adelante, ocultando a mi médico mi decisión, incluso después de que los resultados de mis últimas pruebas, a las que debía someterme cada año, no fueran buenos. Nada buenos. Tampoco se lo conté a nadie. Ni a los compañeros del trabajo, ni a los pocos conocidos de la universidad con los que seguía manteniendo contacto en Madrid. Tampoco a Tania, con quien vivía. Si alguien me

preguntaba, me limitaba a contestar que me encontraba bien, mejor que nunca, esperando que las jaquecas no fueran a más. De momento podía controlarlas, refrescándome la cara y la nuca e intentando llevar una vida sin sobresaltos.

Salí del vagón-cafetería y me acerqué al baño. Un anciano esperaba para entrar. Parecía enfadado, así que dejé que se desahogara. Me dijo que alguien llevaba quince minutos dentro, sin salir. Me hizo gracia verle pegar su oreja a la puerta, como si pretendiera escuchar qué provocaba el atasco.

—Antes me quedaba sentado todo el viaje, y si tenía ganas, me aguantaba, pero ahora... —me dijo el anciano—. Y las noches son peores... La vejez es una mierda.

Sus quejas, su tono de voz, sus expresiones me recordaron a Testón Turiel, el cura de Colimba. Aunque no quisiera hablar con nadie, no me importó escucharle, en silencio. Ya estaba acostumbrado a hacerlo. Siempre me gustó. A personas mayores, como él, pero también a otras más jóvenes. Para mí no había diferencia entonces. Le contaban a Padre sus últimas voluntades, permitiendo que él las apuntara, que tomara notas, para redactar luego, de su puño y letra, sus testamentos. Lo hice desde niño, de pie, detrás de Padre, cerca de la puerta de cada cuarto que visitábamos, que es donde me pedían que esperara. Sin perder detalle. Un escenario fascinante a mis ojos infantiles, que se repetía una y otra vez: el rostro desencajado, casi ausente, del moribundo. Los gemidos ahogados de los familiares en el cuarto contiguo. El cuerpo de Padre inclinado sobre el lecho para escuchar mejor. Los susurros que se convertían en palabras sobre el papel timbrado. A veces se detenían, con Padre sujetando su mano, cuando las fuerzas les flaqueaban, o se venían abajo por la emoción, el enfado, o el miedo a la partida. Su leve movimiento de cabeza asintiendo mientras escribía. Las firmas con las que daba por terminado el documento y que Padre

me entregaba, cuidadosamente, como si se tratara de un objeto sagrado, para que yo lo guardara en su maletín. «Ahora todo queda por escrito, Román», decía Padre. «Quédese tranquilo». O Pascual, o Carmen, o Andrés. Algunos próximos a su adiós, tranquilos. Otros asustados, o guardando silencio. Esperando a una muerte que dejaba su rastro al entrar, sin llamar a la puerta, sin teatralidad, de forma natural, como si ya nos conociera y nos respetara, y nosotros a ella. Cada uno interpretando su papel: Testón, el cura, que llegaba el primero, Padre, el moribundo, los familiares, yo.

Tampoco era extraño verme después de las clases en el despacho que Padre, único notario de la zona sanabresa, tenía en la plaza de Colimba, al lado del Ayuntamiento y a escasos cien metros de mi escuela. Aquellas tardes a su lado se convirtieron en una hermosa rutina. Sí, entonces admiraba a Padre. Su trabajo vocacional, esclarecedor, meticoloso. Un hombre común haciendo algo extraordinario.

Me despedí del anciano, deseándole un buen viaje y entré al baño. Me bajé los pantalones, me senté en el inodoro, apoyé los codos sobre los muslos y sujeté mi cabeza, por la barbilla, con ambas manos. Bostecé y empecé a relajarme. Podría haberme quedado allí el resto del viaje, tranquilo, aislado, contemplando mi rostro en el espejo del baño, situado enfrente, pero no lo hice. La barba descuidada y los párpados bolsudos me afeaban. Tenía treinta años y ya no me quedaba nadie. Nadie a quien culpar, a quien pedir disculpas. Nadie que estirara las arrugas que llevaba dentro. Si al menos hubiera hablado con Padre una vez más, explicarle qué ocurrió, cómo cambié, entonces tal vez todo habría tenido una explicación más sencilla. Quizá habríamos dejado a un lado los reproches, las discusiones, los asuntos que teníamos pendientes. Pero no habría salido bien. Él era diferente. Todo era diferente. Se habría callado, esperando a que fuera yo

quien hablara, para concluir después la conversación con alguna respuesta fría, lejana. Yo entonces le habría gritado, como tantas veces antes de irme a Madrid, sin obtener respuesta. Lo trágico es que hasta la muerte de Madre no habíamos discutido jamás. Después, no supe o no quise pararlo.

Mojé mi cara y mi pelo, salí del baño y me marché de nuevo hasta mi asiento. Allí permanecí el resto del viaje, dando vueltas mi cabeza. Adormecido, pero consciente de cuanto me rodeaba, sin hablar con nadie.

Una voz metálica, a través de los altavoces instalados por el techo del vagón, anunció la proximidad de Colimba. Recogí mi bolsa del maletero y me encaminé hacia la puerta de salida, mientras el tren reducía poco a poco su velocidad, hasta detenerse por completo. Desde los escalones de salida observé la estructura de grandes sillares de piedra y el tejado de pizarra del edificio principal de la estación. Nada parecía haber cambiado, excepto la luz. La última vez que había estado allí, todavía era de noche y yo sólo deseaba huir lejos, correr cómo nunca antes lo había hecho. Las viejas locomotoras aparcadas al otro lado del andén me recordaron a Padre. Él habría entendido la imagen. Lo entendía todo, aunque no le gustara hablar, mostrar sus sentimientos. Casi había que interpretarlos. Intuir sus emociones, sus gestos, sus silencios. Me pasé muchos años intentado conocerlos. Después soltaba la frase adecuada, aunque sólo algunas veces. La que te hacía sentir especial, o te hundía, aunque no fuera esa su intención. Nunca le pregunté qué esperaba de mí, quizá por miedo, o por respeto, hasta que nos separamos y dejó de importarme. Me hacía sentir pequeño. Muy pequeño a su lado.

Desde la estación, situada en lo alto de una colina, me quedé observando Colimba: la plaza, la zona medieval, el castillo, el callejón de la tienda de dulces, nuestra casa, en la que

ahora sólo vivía Guadalupe, los cipreses cerca de la iglesia, el río, la notaría. Cerré los ojos y respiré hondo dejando que se llenaran mis pulmones con el aire frío que bajaba de la Sierra Segundera. Volví a sentir el aroma a eucalipto, a leña quemada, a ortiga. El pueblo había cambiado, parecía más grande, con más movimiento. La imagen que tenía guardada en mi memoria era distinta, estática, como las postales que cuelgan en las tiendas de *souvenirs* o las viejas fotos de los álbumes de piel que teníamos en casa. Me habría gustado que todos desaparecieran en ese mismo momento, para pasear tranquilo por sus calles. Redescubrir los rincones que el paso del tiempo parecía haber ensanchado.

Entré de nuevo dentro y pasé a la cafetería. Seguía sin tener hambre, a pesar de no haber tomado más que un café desde la noche anterior. Dejé la bolsa en el suelo, me senté en un taburete, junto a la barra y pedí un refresco. Tampoco tenía sed, pero me sirvió de excusa para preguntar al chico que me había atendido, por el horario de los autobuses a la zona de la sierra, donde estaba mi alojamiento. No quería quedarme en el mismo pueblo ni cerca de la casa de Padre.

—En cinco minutos tienes uno —me dijo—. Y el siguiente en treinta minutos.

Me despedí del camarero, apuré el vaso y casi salí a la carrera, con la bolsa colgada del hombro. No me apetecía esperar más, estaba cansado y necesitaba tumbarme. Crucé al otro lado del edificio principal de la estación, donde estaba la parada de autobuses, al tiempo que pensaba en como se aceleran los acontecimientos cuando menos prisa se tiene.

En pocos minutos llegó mi autobús, vacío. Pagué el billete y me senté en uno de los últimos asientos. El conductor esperó, como si confiara en que llegara alguien más. Después arrancó el motor, que carraspeó hasta que cogió fuerza a base de acelero-

nes y salimos del pueblo, en sentido contrario a la granja de mi mejor amigo, Román. No recordaba la carretera tan estrecha ni las pendientes tan empinadas ni zigzagueantes. Intenté no pensar en el mareo y me concentré en el bosque de eucaliptos y castaños, de ambos lados del camino. El mismo bosque por el que Román y yo corríamos de pequeños, arañándonos las rodillas con las ortigas. Muy cerca del lugar donde soñamos con construir una cabaña y dijimos adiós a nuestra infancia.

El autobús pasó el alojamiento, pegado a la única carretera de subida hasta la cumbre, y dio la vuelta, unos cien metros más arriba, en una enorme explanada de tierra en donde solían aparcar los vecinos en verano para comer y descansar. Ya conocía aquella zona, la había visitado cientos de veces. Incluso había dormido al aire libre allí mismo, antes de que convirtieran el antiguo establo en el pequeño hotel en el que iba a pasar los siguientes siete días de mi vida, y que cambiarían todo lo que había sentido hasta entonces.

Accedí al hostel a través del patio trasero, opuesto a la carretera por la que vi pasar al autobús, de vuelta a Colimba, subí unos escalones de piedra y llamé al timbre. Una chica más joven que yo me abrió la puerta y me invitó a entrar.

—Vicente ¿Verdad?

Asentí y le acompañé, a través del salón, hasta la escalera de acceso a la segunda planta. Me enseñó las dos únicas habitaciones que tenían para huéspedes, recomendándome la de la izquierda, por estar más cerca del baño común.

—Mis padres y yo dormimos en las del fondo —me dijo sonriendo, dejando a la vista unos dientes blancos y torcidos, que encajaban en su rostro. En otras circunstancias, quizá le hubiera preguntado cuál de las dos habitaciones era la suya. Me enseñó el cuarto que había elegido y volvió a reírse cuando le pregunté si necesitaba mi documento de identidad.

—¿Y para qué lo voy a querer? —me respondió.

Antes de irse, me indicó los horarios del desayuno y de las cenas y me explicó que el comedor estaba al lado del salón, donde su madre pasaba la mayor parte del día. El tono que utilizó me sonó más a queja que a información, pero tampoco quise indagar en ello. Cerró la puerta y escuché sus pasos alejarse por la escalera hacia la planta baja. Dejé la bolsa en el suelo y eché un nuevo vistazo al cuarto. Tenía una ventana al patio trasero, por el que había pasado hacía pocos minutos. La cama parecía cómoda y no había televisión. Me tumbé y me quedé mirando las dos vigas de madera que atravesaban el techo de lado a lado, como si fueran los rieles de un tren. Pensé en llamar a Guadalupe y decirle que había llegado. El día anterior no le había confirmado nada, ni siquiera mi asistencia. Quizá necesitara mi ayuda, aunque imaginé que ya tendría todo organizado. Siempre se había encargado, como secretaria de Padre, de hacer su vida más fácil, llevar sus citas, las firmas de la notaría. Descolgué el teléfono y volví a colgarlo un par de veces, como si no fuera capaz de tomar una decisión. En realidad prefería aparecer por casa al día siguiente, temprano, antes del entierro, que sería a las doce. Sabía que estaba actuando mal, egoístamente. Que cualquier otro en mi situación se habría acercado a casa nada más bajar del tren, para atender a los vecinos que quisieran despedirse de Padre, agradeciéndoles sus palabras de consuelo y las molestias tomadas por venir a casa. Les habría acompañado al salón, donde tendrían expuesto su cuerpo, en el mismo hueco donde Madre tenía su piano. “Ahí está Padre”, debería decirles. “Sí, parece que está dormido, ¿verdad?” “ya descansa por fin”. “No, no sufrió mucho”, insistiría. “Mejor así” me contestarían ellos. Pero esa escena no se produjo. La realidad que había rodeado mi vida, mi relación con Padre, con Guadalupe, no la hacían posible. No podía olvidar los trece años en los que apenas hablamos. Lo demás, sólo eran palabras bonitas que se

fueron elevando, junto con mis pensamientos, camino del techo del cuarto, de las vigas de madera que seguían hipnotizándome, tal vez vencido, como estaba, por el sueño, superado por los acontecimientos.

Me quedé tumbado, sin mover ni un músculo de mi cuerpo, cansado por el viaje y por el dolor de cabeza, por las últimas veinticuatro horas. Asustado por lo que podría encontrarme al día siguiente. Durmiéndome, pesado. Con miedo.

II

Había algo mágico en la notaría de Padre. Aquella tarde también. Una atmósfera que despertaba la curiosidad de un niño, al principio incapaz de entender lo que allí ocurría, y después, ya adolescente, fascinado por su profesión, las confesiones de los clientes, las últimas voluntades de quienes se sentaban al otro lado del escritorio, ignorantes, preocupados, indiferentes y me permitían ser testigo de aquel momento único.

Había llegado pasadas las cinco, cruzando a la carrera la plaza de Colimba hasta el edificio en el que se encontraba la notaría, a la que se entraba desde el portal a través de una escalera estrecha y curva y que ocupaba toda la planta primera de la casa que antaño fue el Ayuntamiento de Colimba. Entonces sólo sabía ir a los sitios así, corriendo, como si tuviera prisa por llegar o temiera que alguien pudiera hacerlo antes que yo. Guadalupe me esperaba en el *hall*. Lo hacía cada tarde, sonriente, cariñosa. Cogía mi cartera, que dejaba detrás de su mesa, me preguntaba por la escuela, las clases, mis compañeros. Si tenía algún examen, era la primera a la que le contaba lo bien que me había salido. Nunca había visto una mujer tan alta. Llamaba mi atención, aunque entonces desconocía la causa de tal atracción. Sólo tenía diez años y ella, con veinticinco, ya era la secretaria personal de Padre, y además me cuidaba. Me cuidaba mucho. A los dos.

—Bien. Muy bien —respondí cuando Guadalupe empezó con su retahíla de preguntas, que me conocía de memoria. Tampoco sabía que otra cosa decirle, ni siquiera los días en los que no todo era perfecto en la escuela, o Padre y Madre habían discutido la noche anterior.

Aproveché para darle el abrigo azul marino, que después de mi último estirón me quedaba por encima de las rodillas y un par de guantes de lana que Madre me obligaba a llevar y que nunca sacaba del bolsillo. Después nos quedamos mirándonos fijamente. También formaba parte del ritual que poníamos en marcha cada tarde. Si Padre estaba reunido con algún tema importante, ella me miraba muy seria y me señalaba con un movimiento de sus ojos, casi imperceptible, uno de los sillones de la sala de espera para que esperara allí sentado hasta el final de la reunión. Sin embargo la mayor parte de las veces sonreía y me animaba para que entrara a su despacho, no sin antes llamar a la puerta y esperar a que me dieran permiso. Aquel día Padre tenía visita, D.^a Úrsula, una clienta habitual. Venía una vez al mes, casi siempre los primeros días, para firmar un nuevo testamento. Otorgó treinta y seis antes de fallecer. En cada uno, D.^a Úrsula iba nombrando o castigando a sus cuatro sobrinos, según se hubieran portado con ella los treinta días anteriores. Así me lo contó Padre algún tiempo después de su muerte. Si alguno le traía las medicinas de la botica, o las cartas de la oficina de correos, le regalaba esta o aquella tierra para su disfrute. Si otro le acompañaba a ver a D. Andrés, el médico del pueblo, cada vez que le dolían las piernas o le subía la tensión, le regalaba el dinero de su única cuenta bancaria, donde guardaba los ahorros que había recibido de su esposo. Aquellos otros sobrinos que por el contrario se hubieran olvidado de llamarla para preocuparse por sus necesidades o su estado de salud, eran eliminados en el nuevo testamento de un plumazo, sin importar los méritos contraídos en los meses anteriores.

—Este es mi último testamento, D. Luis —le decía D.^a Úrsula a Padre cuando entré en el despacho. Parecía asustada—, reparta entre mis sobrinos todos mis bienes y agrádzcales sus cuidados y preocupaciones.

Y es cierto que aquel testamento fue el último. A los pocos días perdió la cabeza y ya no pudo venir más. Entonces no entendí su miedo a morir. Era sólo un niño. Lo supe más tarde, a base de escuchar a otros muchos frente a Padre, con un nexo común. Un miedo que no todos confesaban, pero que parecía humedecer el aire del despacho, como sus palabras, pesadas, algunas nuevas a mis oídos, que fui interpretando a través de sus gestos, de los de Padre, sin perder detalle, fascinado. La notaría también fue testigo de todo ello, como un ser vivo capaz de sentir, de comprender, de emocionarse.

Tal vez fuera el olor a cuero y papel viejo de los tomos lo que me atraía de ella. No las máquinas de escribir, ni los paquetes de folios de papel timbrado que se apilaban en el pequeño cuarto del fondo, ni los cubos de bolígrafos, ni las cuchillas con las que las copistas raspaban los documentos para corregir los errores mecanográficos. Tampoco me atraía el pomo de bronce con el que los clientes llamaban, antes de entrar, a la puerta de madera por la que se accedía al despacho, ni el resto de empleados, fieles tantos años, sino la autoridad que la notaría despertaba, la manera en la que Padre escuchaba a la gente, con su pluma estilográfica casi rasgando el papel al tomar notas, sus lápices afilados en el sacapuntas de sobremesa amarillo anclado a su mesa y cuya manivela giraba despacio cuando algo importante le rondaba la cabeza. También me atraía el lenguaje extraño que allí se utilizaba: la matriz, la copia autorizada, los protocolos, los oficios, la nuda propiedad, el usufructo, el proindiviso, la legitimación. No era sólo el color de las paredes, que parecían hincharse al respirar. Las mesas compartidas, las sillas verdes giratorias, los sofás vencidos de la sala de espera, las estanterías repletas de libros y formularios notariales, los cuadros de alzados arquitectónicos que colgaban en el pasillo, las maquetas de barcos de la sala de firmas, los estores que siempre permanecían subidos, el

parqué del suelo que se abría dejando a la vista la moqueta que no había sido retirada al colocar la madera, los lápices de doble punta, roja y azul, con los que se llevaban las cuentas. Cada una de esas cosas ya habrían llamado la atención de cualquier niño. Un mundo nuevo por descubrir y conquistar. Pero para mí era mucho más, mucho más allá: eran los familiares que recibían los bienes de su padre, de su hermano, de su esposo. Las dudas al transmitir las tierras que siempre habían pertenecido a la familia. El préstamo para abrir el negocio soñado. La compra de la primera vivienda. Los poderes para contraer matrimonio en Argentina o Chile. Y Padre estaba en el centro, como el gran motor que movía toda aquella maquinaria delicada, convertido a mis ojos en una figura imponente, investida de la potestad de dar certeza y fe pública en cada acto.

—No sabe cómo agradezco su ayuda, D. Luis. Hace usted que todo parezca sencillo —le dijo D.^a Úrsula a Padre, antes de despedirse. No pareció percatarse de mi presencia, ni siquiera cuando abandonó el despacho, junto a Padre, camino del *hall*. Yo me quedé sentado en la mesa redonda que había frente al escritorio y desde la que me gustaba escuchar todo lo que ocurría allí dentro. Guadalupe entró a los pocos minutos, con un vaso de leche, que bebí con apremio y unas galletas de chocolate. Merendé muchas veces en aquella mesa. Cada tarde, puntual, fiel a mi pasión, hasta que dejé de hacerlo cuando mi relación con Padre cambió y el orgullo y mi odio se llevaron todo por delante. También a mi mundo mágico.

Padre regresó al poco de terminar mi merienda y me ordenó que hiciera los deberes. Al principio no me gustaba tener que compartir mi atención entre las personas que visitaban a Padre y las matemáticas, la lengua o mis ejercicios de caligrafía. No era extraño que me distrajera empapando los sellos notariales en los tampones de tinta, hasta que Padre, que parecía darse cuenta de

todo, me amenazó con no dejarme volver si no prestaba atención a mis obligaciones, y ya no tuve tiempo para perderlo.

Terminé pronto la tarea y pedí permiso a Padre para levantarme y dar una vuelta por la notaría. Ni siquiera me contestó, sumido en la lectura de uno de sus libros de derecho de tapas marrones y brillantes. Me gustaba recorrer todas sus habitaciones y despachos. Esa tarde empecé en el *hall* (el circuito solía ser casi siempre el mismo), donde Guadalupe hablaba en ese momento por teléfono, imaginé que con algún cliente. Desde allí pasé por la sala de espera, vacía a esa hora, el cuarto del material, la sala de firmas, a la que Padre acababa de entrar para firmar algún documento y el despacho de Pascual, su oficial primero, que me saludó con un gesto de cabeza, mientras tecleaba con fuerza su máquina de escribir. Desde la zona noble (así la llamaba Padre) accedí a través de un pasillo interminable que unía el *hall* con la cocina, al cuarto de contabilidad, donde Antonio fumaba un cigarrillo junto a la ventana. Al verme, me gruñó (no sabía hablar de otra forma) para que no le descolocara al pasar, las facturas que iba apilando en una esquina de su mesa. El despacho de Maruja, la auxiliar, estaba al lado del de Antonio y desde allí se accedía a la sala de copias, donde las máquinas multicopistas atronaban sin descanso, emitiendo las copias y los testimonios de los documentos que se habían firmado. Y en cada estancia daba las buenas tardes, aquel día también, aunque a la carrera, como si tuviera prisa, y todos parecían alegrarse al verme y me llamaban Vicentín, igual que Padre, y me permitían jugar y esconderme entre las mesas y remover sus papeles y hacer todo aquello que cualquier niño hubiera hecho en mi lugar.

Pero también había tiempo para estar sentado observando cómo iban y venían los clientes, muchos de ellos hombres y mujeres del campo y trabajadores de la fábrica de embutidos. Llegaban al caer la tarde, después de una larga jornada que ini-

ciaban temprano. Venían vestidos con la ropa de los domingos, limpios y bien peinados, como le gustaba bromear a Pascual. Algunos llevaban una carpeta de cartón azul bajo el brazo, con las gomas rotas o destensadas, que sujetaban con ambas manos para evitar que se cayera su contenido: las escrituras de propiedad de sus casas o sus tierras, las partidas de nacimiento de sus hijos, los certificados de defunción de sus seres queridos y toda suerte de documentos que no entendían y que mostraban a Guadalupe, a Maruja, a Pascual, para que se los explicaran. Era Padre quien atendía los asuntos más importantes y delicados, como los testamentos, las herencias y algún que otro tema mercantil, generalmente escasos.

Después de saludar a Maruja, volví por el pasillo hasta el *hall*, dejando que mis manos rozaran las paredes de la notaría, por las que siempre pensé que corría la sangre de Padre. Parecían vibrar al tacto de mis dedos. Otras tardes, cuando la notaría estaba repleta de clientes, las imaginaba sudando por el esfuerzo, al igual que a los empleados de Padre, y estirarse para estar imponentes. Había vida entre sus cimientos. Padre lo había hecho posible.

En el *hall* le pregunté a Guadalupe si podía subir a la terraza, en la cubierta del edificio, a la que se accedía a través de la escalera. Me obligó a ponerme el abrigo, yo me negué a llevarme los guantes, y me pidió que volviera pronto, por si Padre preguntaba por mí. Pasé por la segunda planta, donde entonces estaba el Registro de la Propiedad, y desde allí ascendí el último tramo de escaleras hasta la puerta de acceso a la cubierta. El edificio, de principios de siglo, no tenía ascensor, a excepción de un pequeño montacargas por el que se subían y bajaban los tomos notariales y el material de oficina. Me acerqué hasta el pequeño muro de ladrillo que protegía la cubierta y me asomé, de puntillas, al aire frío que atravesaba la plaza de Colimba y el casco

medieval. Años más tarde subiría allí con Marta, la hermana de Román, a finales del mes de septiembre en el que empezamos a vernos a escondidas, para contemplar el atardecer, el castillo, las primeras estrellas y sus ojos asustados al darnos nuestro primer beso, sin saber todavía qué estábamos haciendo, si hacíamos lo correcto, o las consecuencias que aquella relación tendría en mi huida a Madrid poco tiempo después.

Guadalupe ya se marchaba cuando volví a la notaría. Había dejado mi cartera y mis guantes sobre el mostrador y me dijo adiós guiñándome un ojo y rozando con su mano mi mejilla. Padre nunca se habría despedido así. Apareció enseguida en el *hall*, con el maletín de cuero en una mano y un rostro contrariado. Quizá estuviera molesto por haber subido sin su permiso a la terraza, pero por su manera de preguntarme si ya estaba listo para irnos, supe que no era por mí. Una muestra más de su estado de ánimo habitual: serio, distante, permanentemente concentrado en su trabajo.

Y es que Padre fue siempre así, y a mí me costó aceptarlo. Como me costó ser su hijo, a pesar de las muchas ventajas que ser el hijo del notario me reportó... pero también sufrí sus inconvenientes. No es que entonces me diera cuenta de la exposición pública, no era más que un niño al que no le llamaba la atención que los vecinos le conocieran y respetaran, a pesar de la edad. También ocurría en la escuela, donde mis notas eran buenas, sin necesidad de que los profesores intentaran disimular mis fallos. Incluso los niños mayores me olvidaban durante los bautizos de arena y rodillas ensangrentadas que empezaban en septiembre, con el inicio de las clases, y en los que llovían a los estudiantes más pequeños, toda suerte de collejas, zancadillas, pellizcos e insultos, de los suaves (Testón no hubiera consentido los otros). Y yo se lo agradecí, al menos al principio. Agradecí su protección. Pero con el tiempo también empecé a echar de

menos formar parte del grupo de los débiles y de los golpeados, como mi mejor amigo, Román, a quien al menos le quedaba el orgullo ganado en el campo de batalla, y no el ficticio de la posición económica o social de su familia.

Padre hablaba a menudo del orgullo (Román siempre lo tuvo, al igual que su padre). También de dar ejemplo en todos nuestros actos, normas que cumplía fielmente, siendo el primero en tener un comportamiento ejemplar. Lástima que aquel porte orgulloso se desvaneciera como el polvo cuando atravesaba la puerta de nuestra casa. Su otra casa, la que él consideraba real, su verdadera pasión, su vida, fue la notaría, su profesión, sus clientes, Guadalupe. La nuestra, sólo era el lugar donde venía a dormir, a comer, a enfadarse, a mostrar su decepción por algo que yo debería o no debería haber hecho, lo mismo daba. Entonces me importaban sus comentarios. Me importaban mucho. Y yo perseguía de forma obsesiva su aprobación, renunciando incluso a los tropiezos propios de mi edad, para que él se sintiera feliz. Un comportamiento que con el tiempo se convertiría en algo artificial, una máscara de sonrisa pétreo que sólo pude arrancarme cuando me marché a Madrid, lejos de él.

Pero Madre era diferente. Sensible, más lista quizá, así lo creí yo entonces, intentó defender su posición, amargando su existencia. Al principio, mientras le aguantaron las fuerzas, con su insolencia poética, con gritos, discusiones, que me enviaban a mi cuarto, en el piso de arriba. Después, iniciando una guerra silenciosa y duradera, que ambos mantuvieron por años, dejándome en mitad de un fuego cruzado sin más munición que su indiferencia mutua. Y no fue sencillo estar en medio. Situarme entre el respeto a Padre, las cada vez mayores expectativas respecto a mi futuro, y la protección enfermiza de Madre, que no encontró mejor venganza que intentar moldearme a su imagen. Inculcar en mí su carácter soñador y poético que tanto le exasperaba a él.

Y así crecí y pasé muchos años de mi vida, los que marcan tu carácter según leí en alguna parte. Los que te definen o entorpecen, no estoy seguro. Años confusos, en definitiva, hasta que Madre murió, como un fantasma, liberándonos. Obligándome a tomar partido, a enfrentarme a la persona que más admiraba. A su infidelidad, a su frialdad, a sus exigencias. Y yo furioso, perdido, violento. Dispuesto a hacerle pagar su traición. El inicio de un camino que me llevaría en su último capítulo a la muerte de una parte importante de mí, que no estoy seguro de que fuera la buena o la mala. Alejándome de Padre para siempre, pero también de Madre, a la que no permitiría volver a mi cuarto por la noche, para leerme uno de sus poemas favoritos: *“Flores tronchadas, marchitas hojas arrastra el viento; en los espacios tristes gemidos repite el eco”*.